

dientes, se concibe claramente que solo las poderosas máquinas Fairlie, pueden hacer sin peligro el servicio en estas partes de la vía, conduciendo los largos y pesados trenes de mercancías que transitan entre la Capital y el puerto de Veracruz.

No hay duda en que los hombres de Estado y los hombres de ciencia deben experimentar un sentimiento de legítimo orgullo al ver terminada esta obra gigantesca, sentimiento de que tampoco puede sustraerse ninguno de los hijos de nuestro suelo. El viajero medianamente accesible á la admiración del arte y de las bellezas naturales, hallará en ella excelentes modelos y magníficos cuadros que imitar; pero despues de estas impresiones mas ó menos fugitivas, y cuando se examinan las cosas bajo todos sus aspectos, vienen otras consideraciones de un carácter mucho menos halagüeño, ó por mejor decir, muy tristes, dirigiendo la vista hácia el porvenir con la impaciencia de quien desea ardientemente la prosperidad de su país.

Grandiosas son, en efecto, nuestras montañas y espléndidas sus perspectivas, pero tambien muy abundantes por desgracia. Yo confieso que despues de haber recorrido una gran parte de la República, y palpado las dificultades, por ahora insuperables, que presenta todo nuestro suelo para el establecimiento de buenas vías de comunicacion, que faciliten el contacto de su escasa poblacion y la salida de sus productos naturales, no solamente me he hecho menos admirador de los bellos paisajes, sino que he cambiado por completo de ideas respecto de la decantada riqueza de mi patria.

La creencia en esta riqueza nos la infunden desde niños, vaga como toda tradicion, ciega como una fé, y sin mas fundamento aparente que el hecho de que poseamos minas de oro y plata. Pero tal fundamento, puesto como único precedente, nos conduciria tambien á concluir que era rico un hombre perdido en medio del Sahara, sin medio alguno de salir del inmenso arenal y de ponerse en relacion con sus semejantes, con tal de que se hubiera encontrado allí un gran trozo de oro. Y el hecho es que esa codiciada masa del precioso metal no impediria que aquel Robinson del desierto se hallase en la mas completa imposibilidad de satisfacer las primeras y mas apremiantes necesidades de la humanidad, y moriria acaso de hambre sobre su tesoro.

El oro y la plata constituyen, es cierto, un elemento de prosperidad

para las naciones; pero es el único que tenemos nosotros, y por sí solo no es suficiente, ni mucho menos, para llegar á la conclusion de que es rico el país que lo posee. Nos faltan otros elementos, y entre ellos dos muy importantes, como son una poblacion mas abundante y un suelo que le sea mas accesible. Examinemos siquiera rápidamente y sin preocupacion nuestras verdaderas condiciones.

En un territorio de mas de 100,000 leguas cuadradas, existe diseminada una poblacion superior á 9 millones; pero de los cuales 5 millones, por lo menos, son casi inútiles en su estado actual, si es que no llegan á ser perjudiciales para el desarrollo del país. Un suelo desigual, escabroso, surcado por numerosas cadenas de montañas elevadas, ofrece la configuracion general de una gigantesca pirámide truncada, cuyas caras oriental, meridional y occidental ascienden desde el mar hasta mas de 2,000 metros de altura, para formar la gran altiplanicie de Anáhuac, cuya elevacion va decreciendo gradualmente hácia el Norte. Las circunstancias combinadas de una pequeña latitud y un gran ascenso, dan por resultado que el suelo de la República reúne todos los climas y es susceptible de producir todos los frutos de las zonas tórrida y templada; pero la propia configuracion se opone á la existencia de grandes vías fluviales, y hace sumamente difícil la construccion de las terrestres. En los terrenos inclinados los cursos de agua son en general torrenciales, abundantes solo en la estacion de las lluvias, y por tanto acaso mas destructores que benéficos. En la mesa central, y sobre todo hácia el Norte, no solo son escasísimos los manantiales, sino que tambien lo son las lluvias, y grande en consecuencia la sequedad del suelo, cuyos productos para ser algo seguros demandarian la ejecucion de inmensas y costosísimas obras de irrigacion.

De estos hechos se desprende el de que la produccion agrícola de cada localidad, tiene que limitarse á lo puramente necesario para el consumo de su poblacion, pues el valor de los fletes, igual ó quizá superior á veces al de los productos mismos, no permite la exportacion de estos en grande escala. Y en efecto, los 5 millones de indígenas que constituyen la inmensa mayoría de la clase agricultora, solo producen lo poquísimos que basta para su consumo y para llenar sus casi nulas necesidades.

¿De qué sirve, pues, que nuestro país sea susceptible de producir lo bastante para alimentar, vestir y aun para proporcionar los medios de satisfacer las exigencias del lujo y de la opulencia á 200 ó mas millones

de habitantes, si su *privilegiado* suelo (así se le llama) exige mas que en ninguna otra parte una lucha terrible y continúa del hombre con la naturaleza? Si la tierra es espontáneamente feraz en algunas regiones de nuestra patria, y puede serlo en todas, mediante el arte y el trabajo, ¿de qué nos sirve si no contamos con una poblacion abundante é industriosa que sostenga esa lucha, quiere decir, que haga brotar el agua en donde no existe, que robe á los torrentes su caudal para convertirlo en mansos canales de irrigacion y en vías fluviales, que taje ó taladre las montañas para dar fácil salida á los frutos de su labor?

Los productos mismos de nuestras minas, que por su naturaleza son de los que en menor peso y volúmen representan un máximo de valor, ¿pueden todos exportarse con algun provecho? ¿No nos vemos obligados á exportar y aun á beneficiar en el país solo los minerales muy abundantes en metales preciosos, esto es, únicamente una pequeña fraccion de aquellos productos? Y sin embargo, la mayor parte de nuestros minerales serian exportables ó beneficiables con gran ventaja, si el constante é inevitable costo de los fletes no viniese á nulificar un valor, que en otras condiciones seria una fuente perenne de prosperidad y de bienestar. Y si esto se verifica respecto de la mas valiosa y mas apetecida de las producciones de nuestro suelo, ¿qué diremos relativamente á las de la agricultura, de la ganadería, de la industria fabril, etc., que son sin embargo las que constituyen los manantiales mas estables y fecundos de la riqueza particular y pública, como menos dependientes del acaso y mas del trabajo del hombre?

El lamentable y primitivo estado que guardan todas estas fuentes de prosperidad, fatalmente entorpecidas por las causas generales que he indicado, reconoce tambien las no menos fatales que provienen de las condiciones especiales de nuestra poblacion, y que la Nacion despues de su independencia no ha podido y casi ni intentado remediar. Nuestros conquistadores, ni bastante crueles para destruir la raza sojuzgada, ni bastante generosos y previsores para asimilársela francamente, elevándola hasta ellos y civilizándola, adoptaron el peor de los términos medios, cual fué el de aniquilarla moralmente. El tenebroso sendero en que encarriló á la España la suspicaz política de Felipe II, mezcla terrible de celo de autoridad y de fanatismo religioso, de inquisicion y de dominio, debió hacer sentir su influencia, mas que en otra parte, en las colonias, cuyas

distancias á la madre patria, y cuya poblacion aunque sometida, numerosa, daba motivo para temer el alzamiento y la emancipacion de los vencidos.

Nada mas eficaz, en efecto, para conjurar estos peligros, que conservar indefinidamente á los indios en la condicion de menores, abandonándolos á la perpetua tutela de un clero, animado sin duda hácia ellos de sentimientos en lo general caritativos, pero demasiado fanático para tener la prevision de convertirlos en miembros útiles de una sociedad terrenal. No hay quizá fundamento racional para lanzar por esto un voto de censura á la política de la Península, pues para juzgarla con imparcialidad seria preciso trasportarse á aquella época, posesionarse de las ideas reinantes en ella y pesar sus necesidades. Por otra parte, hoy como entonces, y como probablemente sucederá siempre, las naciones adoptan como buenos todos los medios que tienden á garantizar sus intereses, y por tanto nada tiene de especialmente censurable la España por haber seguido esta práctica universal. Razones análogas existen en mi concepto para considerar como poco fundados los cargos que se fulminan contra el clero por la manera con que condujo la educacion de los indios confiada á su cuidado; porque tal sistema de educacion, si así puede llamarse, está en perfecta armonía con el objeto y tendencias de aquella corporacion y con el punto de vista en que siempre se ha colocado. Desde el momento en que adopta por punto de partida el desprecio de todo interes mundano, para fijar sus miradas en los de otra vida que ha de comenzar desde la muerte, natural y lógico es que no dirija sus esfuerzos mas que á la salvacion de las almas, y que eche mano de cuantos medios cree ó afecta creer que son conducentes á ese fin. Lo que verdaderamente sorprende es que alguna vez se haya podido esperar otra cosa de tal precedente, y por eso los gobiernos encargados especialmente de los intereses de las sociedades existentes en este mundo, lo que hacen hoy y debian haber hecho desde un principio, es encargarse de la educacion de sus gobernados y guiarla de manera que por su medio se formen ciudadanos útiles á la humanidad en esta vida terrestre.

Sea sin embargo cual fuere el modo con que se juzgue á la política española respecto de sus colonias, el resultado es que naturalmente la raza conquistada, sin sentir disminuido su resentimiento hácia la vencedora, reducida á la condicion de una indefinida minoría, desprovista de toda instruccion y aun de toda educacion digna de este nombre, y sumergida

por el contrario en el mas estúpido é ignorante fanatismo, vió trasformarse poco á poco su ódio activo en desconfianza pasiva, y convertida poco menos que en bestia de carga, perdió con la esperanza la conciencia de su dignidad, y cayó en esa especie de inerme indiferencia en que hasta hoy la vemos, á pesar de los esfuerzos, no muy eficaces en verdad, que ha hecho la República para sacarla de ella. Entre los individuos de esta raza, sustraídos felizmente á la suerte general de la mayoría, ha habido en todas épocas algunos que se han distinguido por sus talentos y por servicios importantes á su país, lo cual es una prueba de todo lo que hubiera podido esperarse de ella, rodeada de mejores circunstancias.

En cuanto á la raza conquistadora, considerada en su conjunto é incluyendo en él á sus diversas mezclas, aunque educada tambien de una manera muy incompleta y en cierto sentido verdaderamente viciosa, conserva todavía la conciencia de una superioridad, no autorizada ciertamente por las leyes de México independiente, pero que de hecho existe á pesar de ellas, ya sea porque su cultura intelectual ha ido en aumento, ya por haber tenido de una manera casi exclusiva la direccion de los negocios públicos, ya finalmente por ser la dueña de la mayor parte de la escasa riqueza del país. Ardiente, impresionable, dotada de mas imaginacion que prudencia, y no refrenada la primera por el efecto de una instruccion sólida y positivamente científica, sino viciada al contrario por los estudios puramente teológicos, metafísicos ó literarios, esta parte de nuestra poblacion ha ido en sus concepciones intelectuales mas allá de lo que convenia tal vez al conjunto del país. Muy poco práctica en su inmensa mayoría, pero eminentemente teórica por efecto del género de instruccion que tienen sus clases ilustradas, se dividió desde un principio en dos principales partidos políticos basados en ideas preconcebidas, y en consecuencia no conformes con los hechos del mundo real y mucho menos con las necesidades especiales de nuestra sociedad, á la que sin embargo han agitado profundamente por mas de medio siglo.\*

\* Es digno de notarse que en el largo catálogo de los agitadores políticos, tanto de pluma como de espada, no figuran, sino acaso por excepcion, nombres de médicos, geómetras, químicos, ingenieros, naturalistas, etc., ni de hombres prácticos en otra línea, como comerciantes, agricultores, industriales, etc., cuyas ocupaciones están, sin embargo, íntimamente ligadas con el progreso del país. En cambio está formado por las clases mas ignorantes en ciencias exactas, físicas y biológicas, como militares, clérigos, abogados y literatos.

Uno de estos partidos ha querido llevar al país hasta la teocracia, á la cual es instintivamente antipático todo progreso; y el otro hasta la mas anárquica demagogia, incompatible con todo orden, y por tanto tambien con todo progreso. Ni el uno ni el otro se han tomado el trabajo de examinar las verdaderas condiciones del pueblo ó de encaminarlas hácia determinado fin, sino que siempre colocados en su punto de vista puramente subjetivo, esto es, considerando las cosas como á su juicio deberian ser y no como son en realidad, el primero de estos partidos que antes se llamó conservador y que hoy es esencialmente retrógrado, ha soñado y sueña aún que con leyes represivas podria contener la evolucion natural de toda sociedad, y su marcha continúa hácia una indefinida perfeccion. El segundo, llamado antes liberal y que hoy es verdaderamente conservador, puesto que con el estado de cosas que ha planteado cree haber dicho la última palabra en materia de buenas instituciones, ha juzgado igualmente que con leyes adecuadas lograria conducir al país de un solo salto hasta el bello ideal de una sociedad perfecta.

Se ve que ambos partidos concuerdan muy bien en atribuir á las leyes un poder mágico. Piensa el actual retrógrado que por su medio conseguirá formar una sociedad ardientemente católica, y aun se imagina quizá la posibilidad de llegar á organizar una cruzada de un millon de hombres, que despreciando todos los intereses de este mundo, se consagren á la segura y definitiva conquista del Santo Sepulcro. Juzga el progresista de ayer que con decretar la igualdad, la soberanía del pueblo, la libertad del sufragio, los juicios por jurados, etc., obtiene como por encanto la emancipacion y la instruccion del indio y de las demas clases inferiores de la sociedad. Sin la menor inventiva, se ha limitado á copiar servilmente instituciones que pueden quizá dar buenos resultados en países cuyas circunstancias son enteramente diversas de las nuestras, y en los cuales están profundamente arraigados entre todas las clases del pueblo, el amor y la costumbre del trabajo, así como el respeto á las leyes y al principio de autoridad, ya sea que esta se designe con el nombre de «reina,» como en Inglaterra, ya con el de «presidente,» como en los Estados Unidos.

Entre estos dos partidos extremos, y como la desvanecida media tinta de un claro-oscuro, se ha querido formar el liberal moderado, aunque